

El Mártir y la Iglesia

ERIK PETERSON es un converso. Profesor de Nuevo Testamento y de Historia de la Iglesia Antigua en la Facultad de Teología Protestante de Bonn, se convirtió al catolicismo en 1930. Cuatro años más tarde ocupaba las cátedras de Liturgia cristiana antigua y de Historia de las Religiones en el Pontificio Instituto de Arqueología Cristiana en Roma. Sus tratados más importantes son: *El libro de los Angeles*, *Mono-teísmo* y *Testigo de la verdad*.

De este último tratado seleccionamos nuestro texto de hoy.

El mártir, testigo de la verdad, y aun testigo sangriento, pertenece tan a la esencia de la Iglesia, que jamás podrá faltar en ella.

Por su fervor de converso y por sus estudios sobre la Iglesia primitiva, Peterson es brusco en sus ideas. Hace teología elaborando los datos recién extraídos de las fuentes de la Revelación. Su expresión es concisa, rica y viva. Su gran mérito es el de volver a la unidad la exégesis, Patristica, liturgia y teología especulativa, que con frecuencia se encuentran peligrosamente separadas.



NUEVO Y VIEJO

LO segundo que se puede deducir de las palabras de Jesús, es que el martirio pertenece necesariamente a la idea de la Iglesia. Existen ciertamente espíritus comprensivos, que están dispuestos a atribuir todo lo que sucede en el mundo a puros malentendidos. Habría sido un mero malentendido, si se le pregunta a ellos, el que Cristo fuera crucificado y los apóstoles hayan sido martirizados; estas personas están dispuestas a atribuir a una mera confusión, si vuelve a presentarse para la Iglesia un tiempo de martirio.

Contra ellos las palabras de Jesús muestran que no es una mera confusión humana la que hace mártires, sino una necesidad divina. Las palabras de Jesús: "¿No tenía que padecer semejantes cosas el Hijo del Hombre?" se refieren también a los padecimientos de la Iglesia. En tanto que el Evangelio es predicado en el mundo —y lo será hasta el fin de los tiempos— la Iglesia contará con mártires.

Si el mensaje de Jesús fuera meramente una filosofía, sobre la cual se pudiera discutir, no hubiera dado ningún mártir durante muchos años ni durante muchos siglos. Y si algunos hombres aislados hubieran ido a la muerte por una filosofía de Cristo, no serían mártires en el sentido cristiano de la palabra. Pues repitiendo de nuevo para subrayarlo: no son las persuasiones y opiniones humanas, ni siquiera, expresado más fuertemente, un celo religioso humano quien hace mártires, sino Cristo mismo es quien llama al martirio, y quien con esto mismo convierte al martirio en una gracia especial; ese Cristo que es predicado en el Evangelio por la Iglesia y ofrecido en el sacrificio del altar, y cuyo nombre están obligados en conciencia a confesar todos los que han sido bautizados en el nombre de Jesucristo.

Se olvida demasiado frecuentemente que el Evangelio es predicado en este mundo por corderos ante lobos, y que el mensaje del Reino de los Cielos, según las propias palabras de Jesús, se dirige a una generación adúltera y pecadora (Mc 8³⁸). ¿Cómo se puede esperar realmente que los lobos no se arrojen sobre las ovejas? Antes sería quizás de temer que los discípulos de Jesús se avergonzaran de El y de su doctrina delante de esta generación adúltera y pecadora. Con todo también cuenta con esta posibilidad el que ha predicho a Pedro su traición.

Ciertamente habrá tiempos en los que existan menos mártires y otros en los que habrá más, sin embargo afirmamos que el que no hubiese en ciertos tiempos mártires algunos, sería negar que en aquellos tiempos hubiera existido la Iglesia.

¿Por qué, pues, serán los apóstoles odiados de todos por el nombre de Jesús? (Mt 10²²). ¿Quiénes son ese todos? Son los hombres de los cuales deben guardarse los doce: judíos y paganos. No son los hombres en general, en el sentido de una pura idea abstracta, sino los hombres concretos que están en este mundo con toda su existencia, ora como judíos, ora como paganos. ¿Y qué otras posibilidades quedan para aquellos que no han reci-

bido la gracia de Cristo? Los judíos son llamados primero por Jesús perseguidores de la Iglesia, y de ellos se habla principalmente, pues el judío es un enemigo de Cristo en un sentido originario y distinto que el pagano. Es una realidad que en todas las persecuciones de la Iglesia desde los tiempos de los apóstoles hasta nuestros días, los judíos han tomado parte.

Pero igual que en la condenación de Jesús, intervinieron los paganos juntamente con los judíos, así también lo que sucedió una vez a manera de ejemplo en el proceso de Jesús, sucede todavía en el mundo hasta nuestros días. Los paganos, aunque ellos se crean muy separados de los judíos —piénsese solamente en ciertas declaraciones de enemistad judía de Celso, pagano enemigo de los cristianos—, sin embargo trabajan juntamente con los judíos, para luchar, si es posible, contra el Ungido del Señor. Y así se han convertido ambos, según la voluntad de Dios, tanto judíos como paganos, en enemigos del Evangelio para que Dios tenga misericordia de ambos.

